

abandono consentido por Prusia de la orilla izquierda del Rhin y que á la vez están obligados á confesar que en Francia se reclamaba la orilla del Rhin como la frontera natural, es decir, que están obligados á confesar que en Francia existía clara y viva la idea de la extensión territorial nacional, la idea de su unidad geográfica, quieren ahora que Francia la ha conquistado que la abandone, fundándose en que esto hubiera sido de una hábil y prudente política. Esto se dice fundándose en el testimonio de algunos significados convencionales siempre dispuestos á pararse, pero ¿por qué se ha de tomar á estos hombres como órganos de la opinión? No, Francia

no podía devolver la orilla del Rhin sin un cambio completo de ideas, sin convenir que su frontera del Este está detrás de la Alsacia y la Lorena, que Alemania ha reivindicado en nuestros días como tierras alemanas.

Nosotros no tenemos aquí que discutir si son las leyes etnográficas ó las topográficas las que determinan la fundación de las naciones. Suiza existe á pesar de la etnografía y de la topografía. Podemos, pues, creer que ni la raya, ni los accidentes del terreno separan á los pueblos en naciones diversas sino otros intereses. Pues bien, estos otros intereses como veremos llevaban los franceses á la derecha del Rhin.



CAPITULO XIV

RESTAURACION DE LOS GIRONDINOS

Los partidos en la Convención.—Los independentes: Barras, Merlin de Douai, Cambaceres y Sieyes.—Los thermidorianos: Tallien y Freron.—Los centralistas: Boissy d'Anglas, Durand Maillane y Thibaudeau.—Los vendeanos.—El general Vimeux en la Vendée.—Cambio de política.—Muerte de Laroche-Jacquelin.—Canclaux reemplaza á Vimeux.—Los chuanes.—Puisaye.—Cormantin.—Hoche en la Bretaña.—Ofrécese una amnistía á los vendeanos.—La señora Gasmier.—Sumisión de Charette.—Sumisión de Cormantin.—Condiciones de la paz.—Carestía de París.—Riguroso invierno.—Remedios que se proponían.—Manejos de la reacción.—Errado juicio de Sybel.—Dictamen de los veintuno: Saladin.—Reintegración de los girondinos: Bèntabolle.—Goujon.—Los girondinos en la Convención: su posición.—Actitud de Lecointre.—Se reclama la Constitución del 93 en las secciones.—Valiente actitud de Thibaudeau.—El 22 de Marzo: Lindet, Carnot y Prieur defienden á los procesados.—Invade el pueblo la Convención: 12 germinal.—Atropellos de la Convención: prisión de ocho diputados.—Arbitraria deportación de Collot, Villaud, Barere y Verdier.—Tumultos en París.—Los disuelve Pichegru.—Tallien pide la prisión de Thuriot, Cambon, Lecointre y otros.—Louvet los defiende.—Feron propone que se sustituya la pena de muerte por la deportación: es rechazado.—Muerte de Hermann, Fouquier-Tinville y demás miembros del primer Tribunal Revolucionario.—La reacción en provincias.—Las Compañías de Jesús y las Compañías del Sol.—Sus crímenes en Lyon.—Chénier denuncia sus crímenes á la Convención.—Isnard en Provenza.—Asesinatos de jacobinos en Aix.—Crímenes inauditos de Tarascon.—Situación de Marsella.—Irritación de los patriotas de Tolon.—Salen para Marsella.—Son rechazados.—Emigran los obreros de Tolon.—Degüello de los jacobinos en Marsella.—Responsabilidad de Isnard.—Más degüellos.—Carácter de la contrarrevolución.—Irritación de París.—Motín espontáneo: su programa: el 20 de Mayo: 1 prairial.—Invasión de la Convención.—Asesinato de Féraud.—Sesión de la Convención: sus revoluciones.—Restablécese el orden.—Anula la Convención los decretos que acaba de dar.—Ordena la prisión de sus autores.—Renúevase la agitación.—Nueva invasión de la Convención.—Cómo fué dominada.—Desarme del barrio de San Antonio.—Sométese á los diputados presos á un Consejo de guerra: protesta de Legendre.—Prisión de Lindet y Jean-Bon-Saint-Andre.—Lanjuinais salva á Carnot.—Carnot salva á Prieur.—Los girondinos quieren detener la reacción.—Opónense otros girondinos.—Proceso de los montañeses.—Rühl se dá de puñaladas.—Inicia sentencia de muerte contra los seis diputados montañeses presos.—Se dan de puñaladas.—Supremos gritos de los moribundos en favor de la concordia.



LA Convención al empezar el año nuevo, —1795,— que había de ver el término de sus trabajos, y cuando todo parecía renacer á nueva vida, estaba dividida claramente en cuatro partidos,—la mayoría,—cuya inteligencia era poco menos que imposible.

Había el grupo de los independentes, grupo intermediario entre los jacobinos y los thermidoria-

nos, cuyos jefes eran Barras, Merlin de Douai, Cambaceres y Sieyes para quienes lo único que había cambiado era el procedimiento de gobierno, pues para este grupo la existencia de la república era indiscutible y su presunta duración eterna. Todos procedían de la Montaña, y si Merlin era el antiguoponente de la ley sobre los sospechosos, Cambaceres era el que hizo decretar la prisión de los hijos

de Luís XVI y Barras era el que ahora proponía que se declarase fiesta nacional el 21 de Enero lo que era una monstruosidad. Sieyès era el hombre de siempre y como gran conocedor de los tiempos volvía ahora á la actividad política, pues ahora su vida no peligraba. En suma, este grupo se hubiese unido en todas circunstancias con los jacobinos, si éstos hubiesen podido modificar su actitud y se hubieran desprendido de sus jefes por demás comprometidos y comprometedores, pues con éstos comprendían que no cabía inteligencia alguna. Los jacobinos ó montañeses, en efecto, continuaban sufriendo la ley del vencedor, y así lo declaraban políticamente, de modo que era este grupo, este partido que amenazaba con volver cada día al terror, el que daba con su oposición, solidez á los otros grupos de la Asamblea.

El thermidoriano era el más fuerte y contaba unos 150 diputados. Este grupo se consideraba como el más directamente amenazado por la restauración jacobina y de aquí su energía y á la vez su atolondramiento siempre que se trataba de ese partido. Este miedo les llevaba á ver en los realistas unos semi-partidarios ó correligionarios, y por esto escuchan las proposiciones de éstos, esto es, la vuelta á la Constitución de 1791 y la proclamación de Luís XVII que con tanta severidad guardaba el zapatero Simon. Tanto es así, que Tallien entró en relaciones con varios emigrados y agentes de los príncipes y tan adelante fueron estas relaciones que el conde de Provenza anunció á sus amigos el día 8 de Enero de 1795, que la monarquía podía contar con Tallien. Pero en Tallien, lo mismo que en Freron, no había sinceridad tal vez porque no la veían en los realistas, de modo que éstos no habrían vacilado á poder en hacerles pagar con sus cabezas los disgustos que les habían dado, mientras ellos por su parte volverían de buen grado á las carretas que llenarían con sus nuevos amigos si esto convenía á su política. Es decir, que este partido medio buscaba su camino y su hombre.

El cuarto partido republicano, ó la tercera fracción de la mayoría se componía del resto de los hombres del centro y de la antigua derecha que se elevó á la cifra de 230 miembros el día que volvieron á ocupar sus puestos los setenta y tres. Boissy d'Anglas, Durand Maillane y Thibaudeau eran sus jefes. En este grupo había cuántos creían muerta la república, y como estaban libres de la mancha del regicidio, veían sin temor, más aún, hubieran deseado una restauración monárquica que les asegurara el beneficio de la tranquilidad de que gozaban, pero

esto lo deseaban y nada más, es decir, que esperaban que otros les dieran hecho lo que deseaban y á este efecto influyeron poderosamente para que se tratara á los vendeanos con mayor consideración que antes.

Los vendeanos atravesaban entonces por un período de los más críticos. La guerra había recrudecido, como hemos indicado, á causa de las crueldades de Carrier y de Francastel y de la guerra sin cuartel que les hizo al general Turreau, quien aún cuando logró una vez derrotar á Charette y otra á Laroche-Jacquelin, no pudo acabar, naturalmente, una guerra que sostenían los que preferían mejor morir con las manos en las armas que no guillotinos ó fusilados. Así hasta tuvo que cederles parte del terreno que dominaban y Charette y Stofflet pudieron darle una Constitución política-militar que hacía esperar días mejores para la causa realista, y quien sabe lo que hubiera sucedido si Carnot imponiéndose á Robespierre no hubiese mandado á Turreau un sucesor, al general Vimeux con encargo de hacer la guerra de una manera menos dura. Vimeux se presentó en la Vendée con el ramo de olivo en la mano, pero el abate Bernier, alma de la guerra vendeana, alejó á Stofflet y Charette de toda idea de paz con la república y no mentamos á Laroche-Jacquelin porque éste murió á fines de Febrero de 1794, en un encuentro que tuvo con un granadero á quien quiso rendir. Vimeux no obtuvo ventaja alguna por lo que fué reemplazado por Dumas, que no pudo impedir los triunfos de Charette y aunque volviera á amenazar á Nantes, así fué sustituido por Cailhau que se apresuró á decir al gobierno,—Octubre de 1794,—que en su concepto lo más conveniente era hacer proposiciones de paz á los vendeanos.

En la Bretaña la guerra de los Chuanes organizada por el conde José de Puisaye que había estado al lado de Buzot en Normandía, y en la Constituyente había formado al lado de la nobleza liberal, continuaba progresando batiéndose los regimentados chuanes á las órdenes de un falso barón de Cormatin, antiguo liberal, que había hecho la guerra de América, pero cuyos sentimientos realistas le habían hecho emigrar después de la fuga del rey en la que estuvo comprometido. Contra estas fuerzas que cada día iban adelantando más y más, envió, al fin, al Comité de Salvación Pública á Hoche á quien había devuelto la libertad el 9 thermidor. Hoche conoció bien pronto que el mejor medio de acabar aquella guerra era hacérsela ofreciéndoles la paz y éste dijo al gobierno, de modo que Hoche y Cailhau opinaron lo mismo. Esta concordancia de

opiniones decidió á la Asamblea á ofrecer á cuantos entregaran las armas antes de un mes una amnistía completa,—Diciembre de 1794.

Charette se dejó convencer por la señora Gasnier, criolla que, en Nantes, había alimentado y protegido á los realistas prisioneros, arrancado no pocos á Carrier, pero Charette ponía condiciones para entregar las armas, ó mejor para no entregarlas, pues quería que pudieran conservarlas todos sus compañeros como guardia cívica, y no una parte de ellos como se le concedía, pero se le fué convenciendo poco á poco de la importunidad de lo que pedía, y al fin, en 18 de Febrero de 1795, en la Jaunaye, á una legua de Nantes, depuso las armas. Pero las dos partes habían obrado con segunda intención. Los republicanos con la resolución de no cumplir lo que pactaban. Los realistas,—como decía Charette,—al solo objeto de procurarse una tregua á fin de que pudiesen ser socorridos por los reyes de Europa. Seis días antes, Cormantin y Hoche por medio del general Humbert, llegaban al mismo acuerdo, Stofflet era el único jefe que aún mantenía la guerra civil en aquellas regiones regada con tanta sangre.

Como las condiciones con que se hacía la paz en la Vendée y la Bretaña se reconocía la casi independencia de aquellas provincias, los patriotas tenían razón de quejarse, dado que los secretos de la política no pueden vocearse, pero los montañeses hacían mal de prevalerse de ello para los intereses de su partido, pues de aquí resultaba una tención de relaciones que provocaba cada día verdaderos tumultos en la Asamblea que los thermidorianos, naturalmente, presentaban como la obra de los jacobinos para que no dieran los veintiuno, su informe sobre Collot, y demás coacusados; así no se dejaron de presentar como obra suya las agitaciones de París durante un invierno rigurosísimo, pues llegó el termómetro á marcar hasta 18 grados bajo cero, esto en medio de una carestía de víveres casi absoluta, pues se llegó á racionar la gente en París, no dando más que un cuarto de libra de carne á cada persona, y en punto á pan, apenas si había, teniendo que comer patatas hasta las familias acomodadas, dándose el caso de que las familias que aún podían banquetear tirando el dinero, en las invitaciones pusieran un «se suplica el pan.»

Este estado de angustia era difícil de remediar. Concediendo que las medidas fiscales del terror, el máximum, la prohibición del comercio de los metales preciosos, los asignados, y las requisas que no respetaban las mercancías que se importaban de cualquier manera que esto fuera, hubieran creado

principalmente aquella situación, y por esto no se oía más que un grito, el del comercio libre, la guerra indudablemente tenía también su parte principalísima. Pues cerradas todas las fronteras de Francia, lo mismo las terrestres que las marítimas, ¿cómo subvenir las necesidades de veintiseis millones de habitantes, cómo remediar la miseria de un país que había arrancado al trabajo más de un millón de brazos? La paz y sólo la paz podía poner remedio á tan triste situación, y por esto uno de los grandes cargos que pública y privadamente se hacía á los jacobinos, era de ser enemigos de la paz y de haberla hasta entonces impedido.

Rechazamos, pues, lo que Sybel reputa como cierto, el que los jacobinos hicieran lo imposible para que la hambre se apoderase de París para promover un alzamiento de las clases populares, y como no, si Sybel mismo ha de reconocer y cuenta que desde muchos años antes no se había visto en París tan animado y tan visitado de extranjeros, que llenaban sus teatros reabiertos desde el Otoño de 1794, y en donde se silbaba sin piedad todo lo que olía á jacobino, habiendo igualmente vuelto la vida en los salones, en donde las damas de la situación lucían sus trajes á la antigua y las de la reacción sus cuellos y peinado á la guillotina.

Mejor es de creer que los que habían resuelto perder á los jefes jacobinos y que también manejaban á la juventud dorada que apaleaba á todos los que eran simplemente patriotas; eran los que difundían en París los más estúpidos rumores de los que acabó por hacerse eco Boissy d'Anglas, pues si se probó que en la época anterior á la revolución bastaban para alimentar á París 1.500 sacos diarios de harina y ahora se consumían 1.900 y aún no había bastante, ¿no es esto un indicio para probar la existencia de un nuevo renacimiento del *Pacto del hambre*, que, naturalmente, no podía tener por capitalistas á los jacobinos cuya honradez nunca se ha puesto en duda?

Pero era necesario influir sobre los veintiuno, y por esto él recurrió á todos los medios.

En fin, el 2 de Marzo todo cambió de aspecto con presentar Saladin el dictamen de los veintiuno, que concluía pidiendo que los cuatro diputados denunciados fueran entregados al Tribunal Revolucionario. Legendre pidió su prisión inmediata, pero la serena actitud de Collot impuso á los que acogieron la petición de Legendre con aplausos, y las leyes del procedimiento se salvaron, y los debates sobre la acta de acusación se fijaron para el 22 de Marzo.

Antes, empero, se resolvió una cuestión que no hay duda tuvo ahora una solución interesada.

Tres secciones de París habían pedido de nuevo el 1.º de Marzo la reintegración de los girondinos, y el 8 del mismo vino la discusión que inició Chenier. Bentabolle se opuso con gran energía en nombre de

la Montaña, pues se quería devolver las sillas curules á los que habían sido lanzados de ellas por un decreto de la Convención, y como se le respondiera que la Convención había obrado en aquello bajo la presión del terror, Bentabolle replicó diciéndoles no sin razón, desde su punto de vista «pues entonces



SAINT-JUST

todas vuestras leyes son nulas como esta acusación, pues el terror ha reinado constantemente sobre la Convención.» A esto se le objetó, que cuando se decretó la expulsión de los girondinos, la Convención estaba rodeada de gente armada. «Entonces, les dijo Bentabolle, lo que atacáis es el 31 de Mayo; ¡sí! ¡sí!» le dijeron de todas partes, y como Bentabolle guardaba su serenidad y había traído sus enemigos á donde él quería,—les dijo.—«¡Ah! ¡Entonces atacáis á los 80.000 hombres que hicieron el 31 de

Mayo!»—El golpe era terrible y certero, y la Convención vió claro que aquello equivalía á un llamamiento hecho á la guardia nacional de París para que le defendiera, por lo que Dumont intervino declarando «que no se quería perseguir á los ochenta mil hombres que sin saberlo habían hecho una contrarrevolución, sino á los autores de aquella maniobra infernal.» Sieyes y Merlin de Douai intervinieron entonces para reclamar un acto de justicia en favor de los que fueron víctimas de la tiranía, ya que la tira-

nía había desaparecido, y deciden su reintegración que se vota inmediatamente. La Montaña se abstuvo, sólo Goujon votó en contra.

Diez y seis girondinos volvieron á la Convención en virtud de aquel acuerdo, entre ellos Isnard, Louvet, Lanjuinais, Doucet de Pontécoulant y Larivière. Estos diez y seis hombres al volver á la Convención se iban á encontrar en la situación de ser jueces de los autores de su desgracia. ¿Podían ser justos? ¿Podían ser imparciales? Por esto creemos

que en la solución de su caso influyó ahora el debate que se había aplazado para el 22 de Marzo.

La resolución causó el más deplorable efecto entre los que eran y querían continuar siendo revolucionarios. Así se vió al primero de los acusadores de los cuatro diputados volver de un salto de la extrema derecha á lo más alto de la montaña. Lecointre de Versailles declaró que volvía á su puesto porque veía claro que no se había querido destruir la tiranía sino la revolución.



ROBESPIERRE MENOR

Desde este momento los revolucionarios pensaron no más que en salvar su obra, y al efecto enviaron secciones y más secciones á la barra de la Convención para que reclamasen la Constitución del 93 y quién sabe lo que hubiera sucedido si un día Thibaudeau no hubiese declarado á la diputación del barrio de San Antonio «que jamás votaría por la promulgación de una constitución que no era democrática, puesto que cometía la representación nacional á los jacobinos y á la Comuna de París.» Este acto de energía decidió de momento la cuestión, pues de lo contrario, hubiese sido proclamada la Constitución de 1793.

Llegó el 22 de Marzo—2 germinal—y la Asamblea vió un espectáculo que no había previsto, Lindet, Carnot y Prieur se dieron por acusados y tomaron resueltamente la defensa de los procesados con tanta sinceridad y calor que la Asamblea se llenó de confusión. Iba pues á ser preciso pasar por encima de estos hombres tan estimados para llegar hasta Collot,

Billaud, Barere y Verdier y no se atropelló por todo porque Lanjuinais gritó indignado que faltaba ver quién sería capaz de poner la mano sobre el organizador de la victoria. Veamos cómo esto pasó, ya que hemos de ocuparnos del más triste episodio de la Revolución francesa.

Lindet y sus amigos con su resuelta actitud hacían imposible la condena de los acusados, pues declarándose ellos solidarios de todos sus actos la Asamblea no podía confundir á los organizadores con los terroristas. Hubo, pues, necesidad de discutir largamente este punto, y los discursos que se pronunciaron por una y otra parte claramente daban á entender todo lo que se temía y todo lo que se esperaba. Acalorados los ánimos de la capital con estas disputas y por la carestía de pan, sucedió que el 1.º de Abril—12 de germinal—una gran multitud irritada y famélica penetró en la Convención pidiendo pan y la Constitución del 93. El desorden y la confusión duró varias horas, hasta tanto que la guardia nacional de